


 IGNACIO
CAMACHO

ERMUA

La ETA que mató a Blanco está derrotada, pero sus cómplices han obtenido la rehabilitación política por adelantado

QUINCE años lleva muerto Miguel Ángel Blanco y los tipos que siguen sin condenar su asesinato —ni ningún otro de los crímenes etarras— andan preparando un estrafalario programa de gobierno con serias posibilidades de aplicarlo. En tres lustros ya han tenido tiempo de un gesto de piedad, de autocrítica, de lucidez, pero no son capaces de formularlo porque en sus almas de amianto no queda un resquicio de generosidad moral. Lo malo es que sin pedir perdón, sin arrepentirse, sin esbozar un amago de remordimiento ni admitir siquiera la posibilidad de un frío error, se sienten en condiciones de proclamar un importante triunfo estratégico. La ETA que mató a Blanco ha sido derrotada por la presión del Estado pero sus cómplices han obtenido la contrapartida de la rehabilitación política por adelantado y el vigoroso *espíritu de Ermua* apenas es hoy el mortecino aliento de una memoria disipada.

Lo que ocurrió en aquellos días de infamia fue una sacudida de rebeldía y hartazgo que provocó el inmediato aislamiento social y el arrinconamiento político del entorno etarra. El horror del crimen generalizó la repulsa civil, activó el consenso constitucionalista y puso en marcha un impulso de resistencia inédito alrededor del dolor memorial de las víctimas. La Ley de Partidos, la ilegalización de Batasuna, nació en Ermua bajo el *shock* emocional de una sociedad cansada de sufrir en vano. Y aunque los *años de plomo* aún habían de discurrir por su senda de sangre y de espanto fue allí y entonces donde y cuando empezó a dar la vuelta el viento de la indiferencia y el desamparo.

Todo eso se compadece mal con este ambiguo fin de ciclo basado en el relato equívoco de un empate moral. La ETA agonizante ha obtenido a cambio de su desistimiento la inesperada compensación testamentaria de la continuidad de su proyecto político, sin cumplir siquiera el requisito primordial de la rendición o la disolución técnica. El brazo civil del terrorismo se ha reconvertido sin cuarentena en un aparato de poder con acceso libre a las instituciones y se siente lo bastante fuerte para no rendir cuentas con su propio pasado. Los *tardoetarras* no sólo rehúsan renegar de esta herencia perversa sino que ofenden a las víctimas con la ficción narrativa de un falso conflicto superado. Y se presentan ante su gente como artífices de una paz envenenada de sectarismo, un vago acuerdo sin vencidos en el que albergan la esperanza —razonable según los sondeos— de acabar como vencedores.

Quince años después, Ermua ya sólo simboliza el remoto vestigio de una rebelión diluida en un cansancio resignado. Los objetivos de aquel motín de dignidad y justicia se han cumplido a medias: la derrota incondicional del terrorismo ha derivado en un abstracto final de la violencia y el Estado ha malversado su ventaja para conformarse con un incierto *quid pro quo* que equivale a hacerse trampas en un solitario.